

AGUSTÍN DE FOXÁ

**RETABLO DE LA EDAD MEDIA
CON XII FIGURAS**

Con su peculiar y sonora imaginería, Agustín de Foxá se adentra, entre dodecasílabas estrofas y sombras de polícromas miniaturas, por un bosque de pergaminos medievales. Ha dejado su habitual rememoración de infancias cortesanas y fantasías orientales (Cui-pin sing), para enhebrar, de prima a completas, las horas canónicas que jalonan la vida del hombre de la Edad Media: del monje al caballero (y al peregrino, el goliardo, el bufón, el doncel...).

Una alegre cabalgata que, al final, se resuelve en inevitable «Danza de la Muerte».

Un retablo precursor del de Maese Pedro, cuyo autor, personaje de otras épocas, «nunca dejó de ser él mismo —vital, exuberante, culto, al decir de un glosador— un grande y fascinante espectáculo».

E. B. R.

I

UNA HORA DUERME EL GALLO

Esto fue en los años de Nuestro Señor,
cuando la Edad Media nos daba su flor

y oraba el leproso en la Catedral,
con un Rey de armiño en cada mitral.

(No eran los cambiantes vidrios de colores
más que las violáceas llagas de dolores.)

Monjes que madrugan al gallo primero
y hacen que florezcan viñas en enero.

Juan minia en su Biblia un verdoso ofidio
(bajo el palimpsesto aún sonrío Ovidio,

con Venus y Bacos pintados con moras),
y el latín raspado sirve al «Libro de Horas».

Canta una hora el gallo, que el moro es vecino,
y hay turbantes verdes cerca del molino.

Molino de Ubierna, de harina de armiño,
cuando entre los cardos jugaba el Cid, niño.

¡Oh, insomne e inquieto Gallo en la frontera,
con tu cresta roja como una cimera!

II

DOS EL CABALLO

Tan sólo una hora ha dormido el gallo,
pero el caballero da dos al caballo.

Fue potro en los mustios prados de Castilla
y una Virgen blanca llevaba en la silla

de marfil, que grácil quiebra la cintura
del colmillo usando la fiel curvatura.

Cuadra en el Castillo ocupa el corcel
y el nombre «Lucero» escrito sobre él.

No mancha sus lomos plebeyo o rufián;
quien tome sus riendas, será Capitán.

Tiendas con tapices, nácar en arneses,
vencerá a los negros potros cordobeses.

Llevará a una dama con verde brial
o un viático humilde en noche invernál;

amará a las yeguas en Andalucía
entre azahar y olivo, de la Serranía.

Y un día, ya viejo, llevará a la lid
entre los naranjos, la momia del Cid.

III

TRES EL SANTO

Tres horas el Santo dormita en la estera;
por muebles y ornato, una calavera.

Tres horas al borde mismo de la Aurora
roba a los piropos a Nuestra Señora.

Un cazador trajo, en noche serena,
un jarro azulado con una azucena

que halló en una gruta siguiendo la garra
del oso; aquel joven fue Rey de Navarra;

de una tenue lámpara que en el techo ardía
se vertió el aceite como en profecía.

A un pobre leproso metióle en su lecho
y de rosas blancas se cubrió su pecho.

Y en su celda humilde aún guarda un rincón
con la llamarada de una Aparición.

IV

CUATRO EL QUE NO ES TANTO

Cansado de Orígenes y Santo Tomás
el que no es tan Santo, duerme una hora más.

Rezando en la huerta ve a la margarita
y como el jocundo Arcipreste de Hita,

con doña Cuaresma y con don Carnal
habla con las moras en el arrabal.

En la sillería de nogal del coro
talla a los Obispos con poco decoro,

Y la Muerte muestra, mordaz y traviesa,
el vientre abultado de alguna Abadesa.

El Renacimiento y el grueso Lutero
bullen ya en su sangre de monje parlero,

y aunque duerme sólo cuatro cual los buenos,
pensando en las mozas, dormiría menos.

V

CINCO EL PEREGRINO

Duerme cinco horas porque se desvela
este peregrino que va a Compostela

a purgar un crimen que aún le causa miedo
con la rubia hija del Conde Wifredo.

La violó en la celda. ¡Oh, el fino cabello
y la roja sangre de su blanco cuello!

Cuando la enterraba en la gruta fría
aún su seno virgen desnudo latía.

¡Oh, el cuerpo rosado con su piel ya inerte
como San Jerónimo antes de la muerte!

El Papa ha ordenado que regrese a España
pero a cuatro patas, como una alimaña.

Le creció el cabello en ásperas lanas
y perdió su rostro facciones humanas.

Gritó, y fue su grito como una jauría
y en Francia fue perro de una cacería.

Conchas sobre el lomo, y aún erguido apenas
mira de Galicia las noches serenas.

duerme cinco horas cual bestia del agro
y aguarda a la noche, en que por milagro,

en la boca aún leche, un recién nacido
diga que su crimen le fue remitido.

VI

SEIS EL TEATINO

Seis horas tan sólo duerme el teatino,
que canta a la aurora su oficio pristino

Peces en la fuente, rosados gorjeos
y dentro del coro los salmos Hebreos

que braman henchidos de bíblica furia.
En los capiteles la liebre es lujuria

y Cristo el pelícano que su sangre ofrece
junto al ciprés alto por donde amanece.

En el Refectorio ve al hermano lego
con vello de chivo y un rostro de fuego,

y al alzar la Forma su bramar ha oído
¡y en sus negros ojos le ha reconocido...!

Cercano al brasero, medita la historia
de Santo Domingo y de Santa Oria,

y ama a San Virila que oyó a un rui señor
cantar cuatro siglos en un bosque en flor,

y vuelto al convento, halló otro ritual
y oculta la tuma tras muro de cal.

En libros azules que hablan del Gran Khan
buscará a la isla de San Balandrán

y a los siete Obispos, que una Nochebuena
dijeron su misa sobre una ballena

creyéndola islote; y al prender la llama
despertóse el monstrio ardiendo su escama.

Seis horas tan sólo duerme el teatino,
que hiere sus carnes y reza sin tino

por el gran pecado de su fantasía,
que es como el rocío de la Teología.

Y aunque se consuma en ayunos magros
él ama tan sólo los belos milagros.

¡Oh, monje poeta de ardor de novicio,
de cuerpo pagano que afea el cilicio,

que ve los panales al cavar su fosa
y huye en primavera de la hermana rosa!

VII

SIETE EL CAMINANTE

Siete de cansancio duerme el caminante
—carro con dos mulas y un asno delante—.

Posadas del Burgo o Aranda de Duero,
vino de ribera y un queso ovejero.

Moras y judías como bayaderas
con un voluptuoso vaivén de caderas.

Cerca de la huerta hace un trovador
a itálico modo «Sonetos de amor».

«Dezyr» en tercetos de «Siete Virtudes»
y suenan a insectos los breves laúdes.

Canta al Purgatorio como a una pradera
donde el Dante prende teológica hoguera.

Candiles de aceite, pulgas en la cama;
con nieve, serranas por el Guadarrama

que entregan por gracia su cuerpo al cristiano
y al moro por onzas que doren su mano.

Hallará en la venta al judío errante
que lleva mil años de andar incesante

y vio a Jesucristo llamar a su puerta
con la cruz al hombro y la mano yerta.

(Su casa en aquella calle de «Amargura»
con la parra verde y la puerta oscura,

donde negó el agua al Hijo Divino
entre alegres túnicas de color de vino.)

Verá en los andamios de las catedrales
moros albañiles poniendo cristales.

Y en un verde prado, al seno una rosa,
a la vaquerilla de la «Finojosa».

Cuando esto sucede, en la noche clara
canta a los planetas un Rey Trastámara.

VIII

OCHO EL ESTUDIANTE

«Trivium» y «Quatrivium» para el estudiante
y a la Tierra, aun plana, sostiene un Atlante.

Música, gramática, pura geometría
y fosforescencias de la Astrología.

Como una luciérnaga sobre cada entraña
pintan una estrella con su luz extraña.

Júpiter rojizo al hígado influye,
con Venus la leche de los pechos fluye.

Mercurio al cerebro y al brazo gobierna,
Saturno anillado al vientre y la pierna.

Por dulces luceros así despiezado
el cuerpo del hombre brilla plateado.

¡Oh, Adán estrellado junto a Eva tan pura
llena de planetas hasta la cintura!

Cree con Virgilio que ese joven toro
podrido en el prado dará abejas de oro.

Los dogmas de Hipócrates acepta por ciertos
pues nadie se atreve a abrir a los muertos.

Sueña con el Asia que vio Marco Polo
y en sus habitantes con un ojo sólo.

Y en su mapa —cebras, persas y judíos—
está el Paraíso con sus cuatro ríos.

Dormirá ocho horas y a prima mañana
bajará a los claustros frescos de luz grana.

En el boj frailuno y universitario
brillará el rocío como un solitario.

Y en él Melibea, con pagano rito,
le enseñará todo lo que no está escrito.

IX

NUEVE EL CABALLERO

Tras de los combates una cama blanda
—al que viste hierros, sábanas de Holanda—,

cabezal de rosas y dosel de seda
cuando en el castillo dan la hora de queda.

Para su capilla, un Benedictino
le trajo un arcángel de oro bizantino,

Aquiles con alas, y un dragón sin hueso
de verdosas alas, como fango espeso.

Hospedó en sus salas al negro «Mudarra»
cuando entró en Castilla con su cimitarra

sanguinario y crespo, como un alcotán,
llevando en su acero «suras» del Corán.

Y ha visto Ruyforcas entre letanías
al Rey Ildefonso de cuencas vacías

(cegado de astillas por su propio hermano)
pulsando las tallas su incansable mano.

Él pondrá con perlas su condal corona
en las rubias trenzas de su «Munniadona».

Plumados de flechas, los ciervos altivos
asarán sobre árboles los moros cautivos,

e hidromiel en vasos traerán de arabescos,
y barbos de Arlanza, sobre juncos frescos.

Quisiera, leyendo los salmos hebreos,
limpiar a Castilla de negros «caldeos».

La gentil Castilla, la que nace ahora
rubia de trigales y azules de aurora,

donde dicen siempre mujer o caballo
sin duda galaica, ni leonés desmayo.

Cofres en sus mulas, por campos tranquilos
va a misa del alba del abad de Silos,

o fuerte, a caballo, ensancha su tierra
en el peligroso juego de la guerra.

Ya viejo, entre antorchas del pétreo aposento
ante sus diez hijos hará testamento,

y al que no lo cumpla, pide al Dios eterno
con Satán y Judas lo arroje al infierno.

X

DIEZ EL MAJADERO

En la chimenea duerme el majadero,
que con cascabeles escarcha el sombrero.

Una pierna verde y otra colorada.
Joroba de seda, trusa anaranjada,

dos orejas de asno su cetro figura
con cintas alegres, como su locura.

Sabe los refranes de amor, guerra o juego
que dicen las viejas hilando ante el fuego.

Los días de barro lleva a las tabernas
el policromado raso de sus piernas.

En fiestas feudales dan brillo o boato
sus bellaquerías de gran mentecato.

Gracia en los castillos de muros desnudos,
risa en las fronteras, cubiertas de escudos.

Él tiró el cohombro tinto en sangre viva
contra Doña Lambra y su comitiva

la ofensa terrible, sexual y a la cara,
que mató a los siete Infantes de Lara.

Palo con vejigas pega golpes duros
a los escondidos en los «cabezudos».

¡Oh, Corpus de Burgos bajo cielos fríos,
donde venden piedras de luz los judíos,

mientras los gigantes, moros giradores,
dan con sus coronas en los miradores!

Más de una, su chiste procaz e insolente
salvó de los cuervos al paje imprudente

que deslizó un verso a la castellana
pálida de amores, en su alta ventana.

¡Oh, bufón con venas de loco y artista,
tú fuiste la risa en la Reconquista!

XI

ONCE EL MUCHACHO

Once horas seguidas se duerme el doncel
sin gustar su boca femenina miel.

Marchitan sus ojos violáceas ojeras
color del tomillo que hay en las laderas.

Cuando llega mayo escribe sonetos
o «Decamerones» de ardientes secretos.

Fuego adolescente deshace su cama
como si durmiera sobre zarza en llama.

Doncel de Sigüenza novicio en amores,
que vio a la zagala desnuda entre flores,

tapándose el seno, entrar en el agua
dejando al espino la flor de su enagua.

En sus cacerías, por salinas lonas
brinda con la sangre de tibias palomas

y como una copa alza en la mañana
el halcón, prendido de su guante grana.

De noche en los fríos llanos de Barahona
vio al Macho Cabrío con una corona

entre verdes brujas; y como a una estrella
sobre oscuros mantos, la blanca doncella

que sirve desnuda de altar o retablo
en las «Misas Negras» donde oficia el Diablo.

Cuando Don Juan baje, en su algara ciega,
hacia los azahares en flor de la vega,

morirá en la «acequia gorda» de Granada
al cinto de niño, la luz de una espada.

Besará la tierra sin haber probado
la agriculce fruta del bello pecado.

Le harán una estatua en un viejo claustro
leyendo un macizo libro de alabastro

un perro de mármol y un guante caído
soñando las cosas que no ha conocido.

XII

DOCE EL BORRACHO

El borracho duerme la mitad del día:
si de él dependiera, no despertaría.

Jarro de madera con aros de cobre,
que el vino es la púrpura única del pobre.

Alegra en las plazas el dolor del vulgo
con las villanías de «Mingo Revulgo».

En la lluvia de hilos de las marionetas
vio al Rey Carlomagno haciendo piruetas

y a Tristán e Isolda con sus lentejuelas
desde el toldo rojo de los sacamuélas.

Vestido de diablo se achispa en las tiendas
en el «Febrerillo» de Carnetolendas.

Máscaras con nieve, sucias, destrozadas.
Mendigos que un día se ponen coronas.

¡Oh, triste borracho revolucionario,
que busca igualdades por el blanco osario

y adora las fúnebres «Danzas de la Muerte»,
del laúd sin ruido, sobre el prado inerte,

donde baila el Papa junto al Leñador
con la Molinera y el Emperador!

Cuando en la Cuaresma, en los soportales
contempla el «Misterio» de las catedrales.

Ríe cuando el diablo vende los unguentos
o el rojizo Judas se ahorca entre aspavientos.

Conoció en el trigo, arreglando el yugo,
a la blanca y triste hija del verdugo,

a quien nadie trata ni nadie saluda.
Y ha visto en el trébol su pierna desnuda.

Allá en el verano la hablará de amores
entre las calandrias y los ruiseñores,

y si ella rechaza, seguirá camino
pidiendo en los pueblos un vaso de vino.

CODA

HABLA LA MUERTE

Yo tengo Posadas, donde aún más se duerme
y hay que entrar de noche, desnudo e inerme.

El Cardenal cuelgue su purpúreo manto.
Su tiara de perlas deje el Padre Santo.

El doncel su daga; y la hermosa dama
su brial de seda de color de llama.

Vengan a mi huerto, heladas las manos,
bajo la agridulce luz de mis manzanos,

sin doblar la hierba, con sus pies sin peso,
que aquí acaba el Oro, la Espada y el Beso.

Y he de darles una misteriosa cena
y un vino de olvido en mi copa llena.

Cantaré mis salmos ante el facistol
para que se olviden por siempre del sol.

La madre y el hijo y amado y amada
vengan a mi lecho do no hay madrugada.

Sólo en mí se encuentra el reposo cierto,
pues ni un solo pájaro gorjea en mu huerto.

Y pasan los siglos cual breve rocío,
y han de llevar todos un vestido frío.

Hasta que Él que ordena, mande detenerme
y entren en los Reinos donde no se duerme...